

EL POBRECITO HABLADOR

PERIÓDICO SATÍRICO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL		ADMINISTRACIÓN: CALLE TREINTA Y TRES N.º 91	Número del día. . . . 16 cts.
En la ciudad. 50 cts.		HORAS DE OFICINA:	» atrasado. 20 »
En campaña. 60 »		DE 11 Á 4 P. M. LOS DÍAS HÁBILES	
		Y LOS FESTIVOS DESDE LAS 8 HASTA LAS 11 A. M.	Avisos por 3, 6, 9 y 12 meses

DIRECTOR: WASHINGTON P. BERMÚDEZ
CONSTITUYENTE 188

Todo lo que aparezca en este semanario sin llevar firma, sevéñimo ó cualquier señal al plé, pertenece á la Redacción del periódico.

Á LOS SUSCRITORES

Pedimosles se sirvan manifestar á la Administración toda deficiencia ó falta que noten en el reparto de este periódico, á fin de poderlas subsanar inmediatamente.

Sumario del número 7.—¿Tocan á dispersarse?—Como en los tiempos de Santos—Los anteojos de Mahoma — Así se escribe la historia — Visitando al Gobierno— Habladurías—Juegos de ingenio—Soluciones.

¿Tocan á dispersarse?

Ya se fué un ministro y suena que otro tiene ganas de irse. En cuanto á lo primero, no queda ninguna duda, y ahí está el señor Hordeñana que no nos dejará mentir.

En cuanto á lo segundo, no hay seguridad mayor ni menor. Como decía el portugués del cuento, contestando al que le preguntaba si llovería: Pode que sim, pode que não. Acaso se vaya, acaso no se vaya.

Tal vez á los de la colectividad les gustaría más lo primero que lo segundo; tal vez al aludido le guste más lo segundo que lo primero. Cuestión de gustos, y ya se sabe que sobre gustos no se ha escrito, y que vale más un gusto que cien panderos.

Si se sometiera á un plebiscito la resolución del punto, el que todavía está allí se vería en aprietos para tomar partido... por supuesto que sin aludir al constitucional, que este ya lo ha tomado y lo conserva. Se habla de determinaciones en casos... concienzudos.

Le sucedería lo que ocurrió á Alejandro Dumas, padre, en la plaza de toros de Madrid, á ser cierto lo que refieren algunos literatos españoles. Y refieren que el autor del *Conde de Montecristo* y de tantos libros famosos, quiso asistir á una corrida de cornudos en *traje de*

carácter; no los cornudos, ni la corrida, sino el célebre autor...

El cual se presentó en la plaza, vestido, más ó menos, como un Cúchares; pero con sombrero de picador, para hacer más llamativa su figura, que ya lo era bastante de por sí.

Entróse, pues, Dumas en su palco, y antes de sentarse clavó los ojos en algunos espectadores, que luego los clavaron en él... y al advertir su rarísima vestidura, especialmente el adefeso con que se tapaba el *mate*, empezaron á vociferar:

—Que se saque el sombrero, que se lo saque!

Dumas creyó que con esas voces se le significaba que saludase al público... y se descubrió haciendo una gran reverencia. Pero entonces otros espectadores comenzaron á prorrumpir:

— Que se ponga el sombrero, que se lo ponga!

El novelista se caló el chapeo... y no requirió la espada porque no la usaba; mas no bien se lo hubo metido hasta las orejas, todos los concurrentes, divididos en dos bandos, rompieron á gritar desaforadamente:

—Que se lo saque... Que se lo ponga... Que se lo ponga... Que se lo saque...

Y Dumas se sacaba el sombrero y se lo ponía, y se lo ponía y se lo sacaba; y así hubiera continuado toda la tarde, para divertimento de los espectadores, á no haberse dado la señal de que principiaba la lidia.

Pues lo mismo que al bueno de Alejandro Dumas, le pasaría al ministro uruguayo que está por irse, según se susurra, si se sometiera á un plebiscito la resolución de este problema: Debe irse ó no debe irse?

Naturalmente los unos votarían sí y los otros no—estos responderían que se fuera con la música á otra parte, y los otros que no se fuera con su música celestial. El cuento es que, á semejanza de Dumas, no atinaría con lo que el público deseaba: que abandonase la cartera ó que no la abandonase.

Por eso viene de molde lo del portugués: tal vez se vaya, tal vez no se vaya. Ni él mismo sabe como ha de obrar.

El otró sí que lo supo y á la primer indirecta tomó el portante. Porque ciertos diarios llaman indirecta á lo que hubo... con perdón del modo de señalar. Mas si hubo indirecta, no fué por el estilo de las del fraile Cobos, de España, ni de las del tendero Tardáguila, de aquí: una indirecta muy directa.

En todo caso sería una indirecta con demasiado aticismo; pero ni aun eso fué lo que hubo, que el señor Presidente Idiarte Borda no entiendo de aticismos, por más que hable en griego algunas veces. Lo que hubo fué una *levantada* de voz y un ademán duro, (así como una pelota de frontón, verbigracia) ateniéndonos á la carta del doctor Piñeyro del Campo. Y no hubo más. Hay en ello alguna indirecta?

Aunqu el señor Presidente no admite lo de ademán duro, ni lo de voz levantada ó altisonante, confiesa que hizo una protesta espontánea, ó si se quiere en otra forma, no sugerida por ninguna Ejería, que en el acuerdo no había ninfas... ni tampoco Numas.

Eso sí, la protesta saltó algo caliente de los labios del *protestante*, ó más exactamente del católico que la soltó, para que no siente mal á S. E. la palabra protestante. Cuya «protesta no salió de los límites de la cultura ni de las consideraciones personales que siempre mereció á S. E. el doctor Piñeyro del Campo.» Quien bien te quiere, te hará llorar.

Sin embargo, esa espontánea protesta, esa protesta considerada y culta, «despertó la susceptibilidad del ministro, hasta el extremo de creerse obligado á presentar su renuncia.» (Declaración de puño y letra del señor Presidente). He ahí, según el señor Idiarte Borda, una susceptibilidad que dormía, y que necesitó, para despertarse, toda una protesta considerada, culta y espontánea.

Pero la susceptibilidad despertó... y con qué fuerza! Con tanta, que el doctor Piñeyro del Campo juzgó ofensivas la actitud y las palabras del señor Presidente; esto es, la urbanidad y el calor con que S. E. se produjo. Y en consecuencia, apareció la renuncia indeclinable del ministro, «que vuelve á la sombra de que lo sacó el señor Presidente»... que ahora andará sin sombra buscando otro para llenar la vacante.

Si el señor Presidente fuera Diógenes ó secreto, buscaría con linterna al futuro secretario de Estado; mas como no es *sereno* (ni siquiera de

ánimo, al parecer) ni Diógenes (siquiera con alguna filosofía) lo buscará con la luz... de su criterio, que no es criterio de luz artificial ni reflexión, sino de luz propia á todas luces, para que venga á ayudarle en su gobierno... de administración y de trabajo.

Ya que al doctor Piñeyro del Campo se le antojó dimitir... y suponer que este trabajo y esta administración... «son síntomas de un mal latente, sobre cuya existencia en el seno del ministerio, oyó el señor Presidente sus opiniones»... Como quien oye llover, con permiso del señor Presidente y del doctor Piñeyro del Campo, que ya se fué... para regocijo y gloria de la colectividad, que ahora tiene esa espina menos entre cuero y carne.

En resumen: ya se fué un ministro sin que se lo pidieran. Al revés, le instaron para que se quedara y el ministro se mantuvo en sus trece.

Otro, el de Hacienda, dicen que está por irse... también sin que se lo pidan... Puede que llueva, puede que no llueva.

Otro, el de Fomento, quizás se iría si se lo pidieran.

Otro, el de Guerra y Marina, no hay duda de que se irá cuando se lo pidan dos veces, y se irá con cajas destempladas, para no desmentir su profesión militar.

Y el otro, por fin, el de Gobierno, no se irá aunque se lo pidan cuarenta veces. Pero á la verdad, quién se lo va á pedir? El señor Presidente? No, porque el ministro de Gobierno... es de lo que no hay más que pedir para el señor Idiarte Borda.

Como en los tiempos de Santos

Según apuntes de un diario

EN EL MINISTERIO DE LA GUERRA

(Personajes: el ministro y un empleado. Este presenta un papel al ministro)

Ministro—Y esto?...

Empleado—Es la cuenta del sastre militar...

Ministro—Ya veo que es una cuenta; pero para qué me la ha traído Vd?

Empleado—Para que el señor ministro ponga el conforme de costumbre.

Ministro—El conforme?... Vaya!... Si fueran gastos públicos! Mas no ha reparado Vd. que son gastos particulares?

Empleado—A pesar de eso...

Ministro—O si no, leamos. (*En voz alta*).

Por un traje de gala y otro de diario para el general . . . (Sopla!) . . . \$ 2.600
 Por una montura completa, freno etc. etc., para el general . . . (Qué equivoco de mal gusto!) . . . » 1.000
 Por un traje de gala, otro de diario y una capa para el coronel . . . (Ya se proveyó!) . . . » 1.000
 Por un traje de gala y otro de diario para el coronel . . . (Aprieta!) . . . » 950
 Por un traje de gala y otro de diario para el coronel . . . (Dá te tono!) . . . » 950
 Etcétera, etcétera, etcétera... En todo una suma exorbitante... *Ventre-gris!*... *Sacrebleu!*

Empleado—No entiendo, señor ministro.

Ministro—Son juramentos franceses... Como he vivido tantos años en París!... Quien anda entre la miel, algo se le pega.

Empleado—Sí, señor.

Ministro—(*Devolviendo la cuenta*). El que quiere pescado, que se moje... el pié. Cómo va á pagar la nación semejantes derroches?

Empleado—Sí, señor.

Ministro—Que los satisfará el Estado? No puede ser... Ahora mismo voy á hablar con el señor Presidente.

Empleado—Es inútil... en mi opinión.

Ministro—Por qué?

Empleado—Porque estos generales y coroneles han sido autorizados por S. E. para proceder como han procedido...

Ministro—Eso es ya diferente.

Empleado—De manera, señor ministro...

Ministro—Comprendo... Déme la cuenta para ponerle el conforme. (*El empleado la entrega*)—Pero le aseguro que el caso no se repetirá.

Empleado—(Te conozco, mascarita!)

Ministro—(*firmando*.) Caramba! Luego expondré mis observaciones al señor Presidente... Esto ya pasa de castaño oscuro...

Empleado—(Eres turco y no te creo.)

Ministro—(*acariciándose la pera*...) Vuelvo á afirmarle que no se repetirá este caso...

Empleado—No, señor, no se repetirá... (en esta semana á lo menos.)

Ministro—Y esos gastos particulares de los señores jefes, se involucrarán en la partida asignada para los festejos oficiales del 25 de Agosto?

Empleado—Sí, señor ministro, para los festejos nacionales.

Ministro—Nacionales, es verdad, que en el acuerdo se resolvió darles tal nombre....

Empleado—Con licencia del señor ministro... (*Se retira*.)

Ministro—Caracoles! . . . Parbleu! . . . Siete mil y tantos pesos en trajes de gala, de diario, capas, monturas, riendas, estribos, espolines... Oh! mon Dieu, mon Dieu! . . . Como en los tiempos de Santos!

EN EL MINISTERIO DE HACIENDA

(Personajes—El ministro y un empleado. Este se aparece con la cuenta consabida)

Ministro—Y eso?...

Empleado—Es la cuenta del sastre militar...

Ministro—Ya veo que es una cuenta; pero para qué me la trae Vd?

Empleado—Para que el señor ministro se sirva firmar la orden de pago... Ya tiene el conforme del...

Ministro—La orden de pago? (*Leyendo*). Estos no son gastos públicos, sino gastos particulares. En consecuencia...

Empleado—Sí, señor.

Ministro—Y qué suma bárbara!... La grandísima!... Ah! disculpe... Créi que me hallaba en el viñedo... Mas cómo va á pagar el Estado los reambulones de estos generales y coroneles?

Empleado—Es la costumbre señor ministro.

Ministro—Mala costumbre, caracoles! que no estoy dispuesto á seguir... Voy á conferenciar ahora mismo con el señor Presidente...

Empleado—Será inútil, señor ministro.

Ministro—Cómo?

Empleado—Porque estos señores jefes han sido autorizados por S. E. Y puesto que el señor ministro de la Guerra puso el conforme...

Ministro—Bien, firmaré la orden de pago; pero le prometo que no sucederá otra vez. (Ya estoy hasta los topes con esta gente.)

Empleado—(Allá lo veremos).

Ministro—No sucederá... (*Firma*). La perra del demonio!... Disimule... Y en qué rubro se anotarán estos gastos particulares?

Empleado—En el de los festejos oficiales del 25 de Agosto... Digo, de los festejos nacionales.

Ministro—Ah! es verdad... Así se resolvió en el acuerdo; me había olvidado del todo. En seguida pasaré á exponer mis objeciones al señor Presidente.

Empleado—(Las intenciones no son hechos consumados, y de buenas intenciones está empedrado el camino del infierno.) Con el permiso del señor ministro. (*Sale*.)

Ministro—(*Cerrando un ojo*.) La que los pa-rió!... Unos siete mil y tantos pesos en trajes de gala y de diario, capas, monturas, frenos... Y muy bien que á más de uno de esos generales y

coroncles... sí... muy bien que les sentaría el freno y la montura. Echese que no se derrame... ¡Como en los tiempos de Santos!

EN EL DESPACHO PRESIDENCIAL

(Personajes: Ninguno; es decir, uno: el señor Idiarte Borda)

Van á ser magníficas las fiestas!... Sobre todo la parada... Generales y coroncles se presentarán deslumbrantes como el sol... También bucnos pesotes que cuestan los trajes de esos amigos... La verdad es que muchos han abusado.— Siete mil y tantos duros! Ave María Purísima! *(Se golpea el pecho y pone una cara compungida.)* Vaya, vaya! Las cosas deben hacerse en grande ó no deben hacerse... Esa es la mía.

Yo quiero que se cumpla al pié de la letra mi programa de administración y trabajo, y se cumplirá con la ayuda de Dios y de la Santísima Virgen... O si no, que me lleven los demonios... Jesús, perdóname la blasfemia... ¡Administración y trabajo! Respecto del trabajo, ya bastante le he dado al sastre que hizo los uniformes de los jefes y oficiales, así como al contratista que se encargó de la ropa de los soldados.

Y en lo tocante á la administración, quién negará que administro maravillosamente los bienes de difunto del Estado; esto es, los bienes de la nación; esto es, el tesoro público?... Cierto que las fiestas oficiales; esto es, las fiestas nacionales, van á costar al país un ojo de la cara; esto es, los dos ojos... pues el país quedará ciego más que deslumbrado al verlas... y al mirarme á mí, con mi banda presidencial, rodeado de una corte digna de Napoleón 3.º.

Siete mil y pico de pesos solamente en trajes y monturas de generales, coroneles, mayores, capitanes... La cantidad ha salido un poco abultada... En fin... para que el pueblo se divierta habrá que echar el resto!... Echar el resto? No... es una locución de garitero y de pelotari, impropia ya en mis labios... Habrá que echar la casa por la ventana.

Bueno fuera que anduviese con mezquindades y con roñerías!... Para que riesen de nuestras miserias los huéspedes argentinos y brasileros? Es preciso honrar el nombre de orientales que llevamos. Así, pues, lujos *orientales* en toda la línea... como en los tiempos de Santos... Maldito sea el recuerdo que se me vino á la boca!

No como en los tiempos de Santos... Como en los tiempos míos, de trabajo y de adminis-

tración, tiempos cuya memoria ha de quedar consignada con letras de oro en nuestros anales, como han quedado los tiempos de Perico. (1) Oh! y qué bien sonará en los oídos de las gentes venideras la frase de ¡los tiempos de Idiarte Borda! Tan bien ó mejor que los tiempos de Perico... Perico é Idiarte Borda!... Parecen dos nombres predestinados para vivir eternamente unidos en la posteridad!...

(Continúa el monólogo algunos instantes más, y terminado, el Presidente reza un Padre Nuestro y un Yo pecador...)

(1) Pericles quiso decir S. E.

Los anteojos de Mahoma

(Es decir, los 88 padres de la patria)

DON MANUEL A. SILVA

Representante por Maldonado

Si cualquier declaración
Presta Silva alguna vez,
Cuando le pregunte un juez
Por su oficio ó profesión:

Así como un comandante
Contesta que es militar;
Un ministro del altar
Que es clérigo, un comerciante
Que es comerciante, un doctor
Que es médico ó abogado,
Un empleado que es empleado,
Y un labrador, labrador:
Silva, por igual motivo,
Responderá ciertamente:
—Yo soy miembro permanente
Del Cuerpo Legislativo.

Que tal es la profesión
O el oficio verdadero,
De tan bajo caballero
Como altísimo varón.

(Y no pasará de largo
Sin añadir con presura,
Que es bajo... por la estatura,
Y altísimo... por el cargo.)

Pues este digno señor
Siempre se encuentra mamante,
Ya como representante
O ya como senador.

De suerte que el compatriota
No mentará, si asegura
Que estar... en Legislatura,
Es su profesión ú oficio.

Allí, como diputado,

O cual senador, lo menos
Treinta años largos y buenos
Seguramente ha pasado.

Lo digno de admiración
Es que al fin no haya pedido,
Y justamente obtenido,
Su pingüe jubilación.

Verdad es que todavía
No hay una ley al respecto;
Pero si alguien un proyecto
Presentase cualquier día:

No es avanzada opinión
Consignar que es muy probable,
Que la Asamblea Honorable
Le acordara su sanción.

Pues ya por gracia especial,
Y muy maldita la gracia
Que hace á nuestra democracia
Y al tesoro nacional:

Decretó tres abundantes
Gracias, de gracia desnudas,
Para tres señoras viudas
De otros tres representantes.

Mas volviendo al fiel, leal
Y constante y permanente
Miembro, parte ó componente
Del Parlamento oriental:

Diré que tan sempiterno
Legislador, siempre ha sido
Un ardiente y decidido
Partidario del Gobierno.

Porque para él la cuestión
A esto se reduce sólo:
A rumbear siempre hacia el polo
De la representación.

De este caballero sí
Que repetirse pudiera:
Con Santos, Tajés, Herrera
Y todos, siempre está allí.

Faltará pan al hambriento,
Fé al creyente, luz al sol,
Patriotismo al español,
Agua al mísero sediento:

Pero Silva, haya ciclones
O calores tropicales,
Sean diarias ó mensuales,
Nunca falta á las sesiones.

Y aunque no se haya citado
Para ninguna, hace gala
De estar siempre en la antesala
De la Cámara ó Senado.

Bien dijo el marqués de Cumbres,
U otro escritor cuyo nombre
No recuerdo, que es el hombre

Un animal de costumbres.

Y en Silva es tan fuerte y vivo
El hábito y tan vehemente,
De ser miembro permanente
Del Poder Legislativo:
Y se halla tan adherida
Su vida á su cargo eterno,
Que quitárselo un Gobierno...
Fuera quitarle la vida.

EPITAFIO

Aquí descansa un señor
Que aunque Silva se llamaba,
Nunca al Gobierno silbaba,
Ya fuera malo ó peor.

Así se escribe la historia

Señor conde de Saint-Foix, ex-ministro de la
República Francesa en la Uruguayua.

Paris... ó donde se encuentre.

Distinguido señor:

Algunos diarios de Montevideo, hablando por boca de otros de Buenos Aires, que no es lo mismo que hablar por boca de ganso, notician que V. E. acaba de publicar un libro en que pinta nuestras costumbres sociales—y para que sepamos de qué modo las pinta V. E. transcriben ciertos párrafos del capítulo en que trata de «cómo se celebra el matrimonio en esta capital.»

A juzgar por lo que á ese respecto refiere V. E., yo me permitiré expresarle francamente que ha observado muy mal las cosas, ó con tanto acierto, si lo prefiere así, como un su país de universal renombre, que en un volumen de *Viajes al rededor del mundo*, cuenta con toda seriedad que la pampa argentina empieza allá por la Union y concluye.... donde el diablo perdió el poncho, según la frase criolla.

O como aquel *touriste*, también paisano de V. E., que por haber visto tomar mate en la puerta de sus respectivas casas á ciertas mujeres de la calle de Santa Teresa, afirma con brava frescura que las señoras de Montevideo fuman públicamente en grandes pipas; que ya es *pitár en cachimbo* á los lectores de tan estupendo relato.

No me sorprende, en verdad, que estos compatriotas de V. E. hayan encajado esas mentiras á los creyentes de la boca abierta, pues como aves de paso que fueron en la República, no cayeron en la cuenta de lo que miraron, como le pasó al delfín de la fábula de un tercer paisano de V. E.—Mr. de Lafontaine—quien, el delfín, se entiende, confundió el nombre de un puerto

con el nombre de una persona... *Il prit le Pirée pour un homme.*

Mas V. E. que ha vivido tanto tiempo entre nosotros y que ha frecuentado la buena sociedad de la Nueva Troya!... Cómo es posible que le ocurriese lo del astrónomo de la historieta, que se imaginó percibir un elefante en las montañas de la luna, cuando el supuesto animalazo era solamente un infeliz ratón que se había metido en el tubo del telescopio?

Y eso que V. E. tendría ocasión de presenciar más de un matrimonio en esa buena sociedad á que concurría como ministro, como conde y como Saint-Foix á secas—en cuya virtud yo podría manifestarle que para pintar las costumbres de un pueblo, no basta con ser conde y ministro, sino que además se necesita ser un buen observador, para lo cual tampoco importa desempeñar ningún cargo público, ni lucir ningún título nobiliario.

Aquí sería el caso de repetir lo que Villergas escribía de don Domingo Sarmiento, á propósito de lo que éste charlaba de las gentes y de las cosas que había visto en París, á saber: Este señor Sarmiento habrá entrado en París; pero París no ha entrado en el señor Sarmiento, que es como si yo dijese que V. E. entró en la buena sociedad montevideana; pero que la buena sociedad montevideana no entró en V. E.

O si nó, veamos. V. E. asegura que «la ceremonia del casamiento está lejos de tener entre nosotros la solemnidad que generalmente revisite en Francia. No se vá á la iglesia, aunque el matrimonio religioso haya sido hasta los últimos tiempos el solo legal en el Río de la Plata.»

Con que no se vá á la iglesia? ¡Con qué ojos ha mirado V. E! Precisamente para la buena sociedad á que V. E. alude, católica, apostólica romana en su gran mayoría, es casi una condición ineludible la de que los novios concurren á la iglesia; y justamente en estos momentos circula una invitación concebida así:

«Fulano de Tal y Fulana de Cual (esposos) tienen el honor de participar á Vd. el enlace de su hija. . . . con el señor. . . . Y convidan á Vd. para la ceremonia de la bendición nupcial que tendrá lugar el día. . . . á las nueve de la noche en la iglesia de. . . .» Si V. E. hubiera puesto en letra de molde que por excepción no iban los novios al templo, entonces sí que V. E. no infringiría el octavo mandamiento de la ley de Dios.

Añade V. E. que «las danzas que á menudo comienzan antes de la ceremonia, prosiguen en-

tonces con entusiasmo.» Eso lo habrá soñado V. E.: que las danzas empiezan antes de la ceremonia. Jamás ha sucedido eso aquí. Después de la ceremonia, ya se comprende lo de las danzas, que es lo más natural en todas las partes del mundo. V. E. no ha oído campanas, ó si las ha oído ignora donde sonaron.

Y qué diré de que «cuando los novios se han comprometido, pueden aislarse, retirarse á un pequeño salón ó pasearse solos, sin que la madre piense en vigilarlos?» Por Dios, caballero Saint-Foix, que esta República no es la de Estados Unidos ni es Inglaterra, para que los novios se tomen esas franquicias ó la madre de la futura las consienta.

Convengo en que el galán desearía que tal sucediera y mucho más; pero... Y no es por temor de que la doncella olvidara sus deberes, no, señor, que si la mujer de por sí no se cuida, no hay rejas ni cerrojos que la guarden, sino por que ello no está en las costumbres heredadas de nuestros abuelos, que consideramos muy buenas todavía, hasta el punto de encontrar bastante feas las de Inglaterra y de los Estados Unidos.

Deplora V. E. que «hoy haya bailes suntuosos con champagne en lugar de chocolate y un poco de orquesta en lugar de guitarra y mandolino.» Este último instrumento se toca más en conciertos que en bailes, si es que en los bailes se ha tocado alguna vez; y en cuanto á la guitarra, se usará en los bailes de candil, mas nunca ha figurado en los de la buena sociedad de Montevideo.

En lo concerniente al chocolate, no ha sido aún desterrado en las fiestas suntuosas ó sin suntuosidad. Y vuelvo á preguntarle: con qué ojos ha mirado V. E., señor conde y ex-ministro de la República Francesa en la Uruguay, que no dá pié con bola en las chicas, ni en las medianas, ni en las grandes?

V. E., para terminar, se declara partidario del matrimonio por razón de conveniencia «que en Francia constituye (en las familias) el acto más importante del establecimiento y de la administración de las fortunas,» y casi se lamenta de que aquí «el amor sea el único móvil de la unión conyugal.» En seguida añade V. E.: «los hogares son más felices por eso? Me permito dudarlo.»

Todo por aquello de que el amor *s'envole*. Cierto que el amor se aleja muchas veces de esos hogares... y de los otros con mayor frecuencia; aunque si se vá de los últimos, los maridos salen más gananciosos... por aquello de

que la vergüenza pasa y el provecho queda en casa. Magnífica moral la de V. E.! En los matrimonios por amor, cuando éste se va, no queda nada; y en los matrimonios por conveniencia, cuando el amor se vá, queda la dote. Poderoso caballero es don Dinero.

Cómo serán, señor conde, las demás costumbres que describe V. E. en su libro! Las pinta tan acabadamente como las relativas al matrimonio? Caramba!... *Et apres tout*, así como nadie pudo convencer al astrónomo de que se había equivocado en su descubrimiento del elefante, tal vez nadie persuadirá á V. E. de que ha observado muy mal nuestras costumbres.

Para eso soy conde y he sido representante oficial de una nación republicana, acaso contestará V. E. Y aquí se me antoja consignar, salvando los respetos debidos á la nación y al título de V. E., que no alcanzo á explicarme cómo puede haber condes en un gobierno democrático ó como un gobierno democrático puede nombrar ministros plenipotenciarios á los condes.

De veras que no comprendo ese embolismo, más intrincado que el inefable misterio de la Santísima Trinidad; pero la culpa será mía y no del señor conde ni del gobierno de su país, que sin duda por mis malas entendederas ó cortedad de intelecto, no consigo resolver ese enigma del papel de los condes en las democracias ó del papel de las democracias con condes y otros congéneres. La verdad que ello me parece un absurdo.

Más sencillo y más claro me parece lo que acontenció al marqués de Saint-Cyr en tiempos de la primer República una é indivisible, valga lo que recuerda la historia... si esta historia no fué escrita á la manera del libro en que V. E. pinta nuestras costumbres sociales... para no desmentir quizás á un cuarto compatriota suyo, el famoso Voltaire, autor del *Et voilà justement comme on écrit l'histoire*, que solía portarse cual un insigne embustero.

Recuerda la historia que al presentarse él de la sangre azul ante un piquete colocado en una de las puertas de París, hubo el siguiente diálogo entre el sargento de servicio y el noble:

—Ciudadano, cómo te llamas? preguntó el sargento.

—Soy el señor marqués de Saint-Cyr, respondió el aristócrata.

—Ciudadano, eso de señor ya no se gasta aquí.

—Tienes razón; soy el marqués de Saint-Cyr.

—Ciudadano, la nación ha suprimido los marquesados.

—Es cierto; soy de Saint-Cyr.

—Ciudadano, ya no hay *de* antes del apellido.

—Hombre, lo había olvidado; soy Saint-Cyr.

—Ciudadano, la nación ha suprimido los santos.

—En efecto. Por consiguiente soy Cyr.

—Ciudadano, en Francia ya no hay *sire*; no hay más que hermanos.

—Entonces... soy tu hermano.

—Eso es diferente... y bien pudiera ser exacto porque yo soy inclusero.

Aun con el riesgo de ser hijo de la cuna, opino que la República de antaño, fuera de los excesos á que se entregó, era algo más República que la de hogaño; ya que aquella abolió los títulos de nobleza y la de hoy continúa con sus barones, vizcondes, condes, marqueses, duques y príncipes, exceptuados algunos de sangre real ó imperial...

Es cuanto tenía que decir á V. E. este su afectísimo S. S.

FIGARÍN.

SECCION ESPECIAL

Visitando al Gobierno

(Carta que el teniente Nicanor Perno dirige á su compadre, cuñado, aparcerero y amigo don Cerrojos)

PARTE II.

Comparación de la vida con un cigarro—El changador—Diálogo—Perno se pone la ropa nueva—Los pasajeros—Conversaciones—Salida triunfal—La escolita—Cerote—El tren—Percance—Mochada del guarda-tren—Tira el cigarro.

Y la gloria que un bizarro
Melitar, con despilfarro
De su sangre meritoria
Se ganaba, ay! esa gloria...
Era el humo del cigarro.

Y cuando al fin acababa,
Tras de güena ó mala suerte
Nuestra vida, comparaba
Del gaucho la oscura muerte
Con el pucho que tiraba.

La verdá que la existencia
Del hombre, si no desbarro,
Con tuita su inteligencia,
Su gloria, poder y cencia,
Es lo mesmo que un cigarro!...

IV

Pensando en el payador
Y en sus trovas me encontraba,
Cuando entró un changador
Con un bulto, que dejaba
Tirao sobre el mostrador.

—Ché, maturrango, grité,
Traéte esas pilchas aquí,
Que son las que ayer compré
Siguramente, y pagué
Por ellas un Potosí.

Nápoles, no me escuchás?
—Soy jalleju—Un avestruz
Es lo que sos, nada más,
Pues áhi las prendas dejás
Expuestas á un repeluz.

Velay un mate—Ajradezco;
Mas nunca he tumado mate.
—Yo es lo solo que apetezco
De mañana; y si te ofrezco
Un tazón de chicolate?

—Esu sin, cun alborozo
Beberei quedandu jrato;
Pero su gozo jué al pozo
Lo que dije:—Traiga, mozo,
Un chicolate.... de gato.

Soltó la ropa en la cama,
Y disparó como gama
Que vé al tigre en el pajal.
—Ché, memorias á tu mama....
Hijo de la tal por cual.

Asina como al ñublao
Disipa la luz del sol,
Asina tamién, cuñado,
Mi pecho dejó alegrao
La juida del español.

V

Cansao de cimarroniar,
Puse en la yerbera el mate,
Y me encomenzé á cantar
Mi ropa nueva, pá dar
Un gatazo á lo manate.

Dispués del cuarto salía
Más finchao que un portugués,
Pá dirme á la barbería
Del inglés ó del francés
Que el comendante quería.

Con un pasito cantor
Diba llegando al zaguán,
Cuando los del comedor,
Al verme de pronto tan
Bien empilchao y señor:

Como fija la serpiente
Los ojos en la avecita

Pá luego clavarle el diente,
Igualito aquella gente
Los fijaba en mi ropita.

Mas no con el odio fiero
Con que mira la culebra,
Me miraban, aparcerero,
Sino pá alabar mi apero
Y mi figura tan queiebra.

VI

Viendo la linda figura
Que hacía, por ser la pura
Verdá, con mi nueva en hoja,
Hasta una ruín criatura
De pechos quedó bisoja.

Yo, pá darme más valía,
Me eché á la boca un tramojo
Paraguayo ó de Bahía....

—Don Perno, venga el remojo,
La concurrencia decía.

—Pá que este manate cruce,
Cancha y anchura, señores.

—Almiración les produce
Mi traje? Tengo mejores,
Y el que lo tiene lo luce.

—Ah! criollo.... más bien plantao
Que potro de sangre pura.

—Deme un abrazo, cuñado....

—Con su nueva vestidura,
Quién le echa un pial de volcao?

VII

Eso decía la gente
De la posada, aparcerero,
Al ver mi facha decente;
Que á mí, presente ó ausente,
Cuál taita me saca el cuero?

Como un jefe de escuadrón
Que entra á una población
Tocando una clarinada,
Yo salí de la posada
Lleno de saitisfaición.

Dispués al doblar la esquina,
Haciéndome el mosca-muerta,
Biché á la fonda.... y asina
Estaba la gurrumina
De apeñuscada en la puerta!

Dende ella, á lo teruteros,
Contemplaban mi persona
Los catorce pasajeros,
Los cuatro mozos fonderos,
Y el patrón y la patrona.

De seguro que decía
La gente:—No es tan bagual
Don Perno cual parecía.

¡Que Dios conserve la cría
De ese paisano oriental!

VIII

Mi don Cerrojos, á gatas
Doblé la esquina, sentí
Un ruido como de latas,
De estribos, frenos y patas
De fletes detrás de mí.

¿Si será regulación,
Dije al punto pá mi leva?
Porque este es un escuadrón
Que al mesmo diablo se lleva
Del primer arrempujón.

Y por las dudas mi plan
Me trazé, que jué meterme
Ligerito en un zaguán,
Ande estaba un carcamán
Que algo cerotióse al verme.

—Qué busca aquí?... Yo turbao
Repuse:—A naides, cuñao;
Pero es que hay regulación,
Y aquí gané de un tirón
Porque me vide cortao.

—Qué regulación vá á haber?
—Asigún mi parecer,
Ese ruido del infierno...
No escucha?—Lo ha de meter
Esa escolta del Gobierno.

—Ah! la escolta... Ya me jui
Pá la vedera, al botón,
Pues al tiempo que salí,
La escolta pasó ante mí
Lo mesmo que esalación.

IX

No pude ver los soldaos
Ni los jefes cara á cara;
Mas á lo léjos miraos,
Por la vestimenta rara
Parecían mascaraos.

Cruzaron hechos ovillos
Sin chicotiar los jinetes;
Y apenas vide los brillos
De las lanzas, y los fletes
Que eran plateaos ó tordillos.

Pasao aquel escuadrón,
Y el poquito de jabón
Que chupé, se lo confieso,
Seguí la marcha más tieso
Que centinela en faición.

Pero pronto me cansé
De sacudirle á los tacos,
Y un tren cerrao esperé;
Lo que pasaba, grité:
—Cochero, pare los flacos.

El cochero se riyó
Y los maulas sofrenó;
Riyó el guardatrén tamién,
Y con mi tramojo al trén
Compadriando subí yo.

X

Cuando me diba á sentar
Sonó un toque de campana,
El tren arrancó á la par;
Y yo sobre una africana
Juíme derecho á hocicar.

Mi gacho se cayó á un lao,
Mi tramojo dió en el ojo
De un rubio bien encarchao,
Y otro berrió:—Qué tramojo!...
Como pá mastín alzaos...

—Bruto! chilló la mujer...
—Disculpen, jué sin querer,
Dije chantándome el gacho;
Y al fin me pude meter
Entre un indio y un muchacho.

Vino el pasaje á cobrar
El diablo del guardatrén;
Yo un rial le dí... y al cambiar,
Se quedó con un vintén;
Mas no quise riclamar.

Dispués me dijo el cristiano:
—Tire el tramojo, paisano,
Que aquí no se pita—Güeno.
Y al punto tiré el habano
Cansao de tragar veneno.

(Continuad.)

HABLADURÍAS

Hé aquí la solución del salto de caballo de 1 número anterior:

«Un beso de amor» ha escrito
Turcatti, buen compatriota,
Y según dice Margota,
Es todo un vals muy bonito.
La niña que al editor
Pida el vals, en venta ya,
Con qué cara le dirá:
—Déme usté «Un beso de amor?»

—Ya se sabe que el desertor refugiado en la Legación Argentina, fué entregado al jefe del 2.º de Cazadores.....

—Y no hubo alguna diana con música... en celebración de la vuelta de esc pillastre?

—No, que en seguida de entrar en el cuartel le dieron....

—Alguna azotaina á la sordina?

—Tam poco, sino que le dieron la baja, con cuyo motivo el soldado «quiso presentarse á la Presidencia,» según refiere *La Nación*.

—Con qué propósito?

—A fin de agradecer á S. E. la libertad; pero «se le hizo comprender que no tenía objeto ese paso....»

—Ya!

—«Por cuanto el señor Presidente no puede ocuparse de los soldados que son dados de alta ó de baja en los cuerpos de la guarnición.»

—Claro está..... ni tampoco de los soldados á quienes.....

Algunas que otras mañanas,
Según los diarios refieren,
Les tocan, aunque no quieren
Tal honor, vibrantes dianas.

—Pero dime tú, como vá ocuparse de estas pequeñeces el señor Idiarte Borda?

—Pues!.... Todavía si se tratase de un nuevo asadito en Colon!.... Esto si que no son pequeñeces para S. E.

El administrador de rentas de uno de los departamentos de campaña, ha pedido al jefe político «que se sirva prohibir las riñas de gallos.»

Sin duda porque ese administrador, aunque no lo dice, comprende muy bien que para riñas, basta y sobra con la de los dos periódicos de la localidad:

Que están hace varios meses,
Por causas que no me explico,
Como dos gallos ingleses....
Pico á pico.

El Diario de Concordia transcribe de otro de Paysandú (que no hemos leído) la noticia siguiente:

«El carrero Miguel Gil ha recibido hoy una herida grave en la cabeza, mientras trabajaba en el puerto. Créese que será necesario amputársela para salvarle la vida.»

Para salvarle la vida
La testa le amputarán?
Caramba!... pues el remedio
Es peor que la enfermedad!

—A no ser que el autor de la noticia, piense como la reina Cristina de Suecia, que al saber la decapitación de Carlos I.º de Inglaterra, cuentan que dijo:

—De todos modos, para qué le servía la cabeza?

—*La Ley* de Rocha publica como folletín *Las ruinas de Palmira*, del célebre Volney.

—Un gran libro... y también muy oportuno para la estación.

—Muy oportuno para la estación?

—Por supuesto que sí. No estamos en la estación de más fresco?

—Desde que en invierno estamos!....

—Por consiguiente.... á tiempo fresco, libro fresco....

S. E. el señor ministro Vidiella, según *La Nación*, fué citado por la comisión de Hacienda del Honorable Senado, «á fin de cambiar opiniones respecto á la Contribución Inmobiliaria.»

El señor ministro acudió á la cita, y cambió opiniones con los miembros de la comisión; pero como cambiar opiniones no es lo mismo que cambiar de opiniones, ni siquiera de opinión.....

—Resulta que, fuera del cambiar opiniones respecto de la Contribución Inmobiliaria, no habrá ningún cambio al respecto; ni aún en lo tocante al nombre de la Contribución.

—Así es que esta, como lo indica su nombre, seguirá siendo Inmobiliaria, ó como quién dice inmueble, fija, invariable.... en los avalúos, en las cuotas, en las exacciones y en todo.

De *El Día*:

«Llegaron de Buenos Aires 27 bultos conteniendo uniformes de invierno para todo el personal de policía de la República. Estos uniformes son los mismos que estaban destinados para el ejército argentino y que fueron rechazados por el gobierno de aquel país.... Lo único que ha hecho el afortunado contratista es cambiarles los vivos....»

Los vivos!... Podrán ser muy vivos esos vivos; pero no lo serán tanto como el contratista afortunado! Este sí que es vivo!

«El paño es de clase inferior al que tenían en uso los policianos, y no sería extraño que estuvieran apolillados, dado el tiempo que han estado encajonados. Qué ganga para el contratista!»

O para los contratistas, pues según cuentan, es más de uno el que ha logrado esa ganga.... en este tiempo de administración y trabajo, de visitas y de asados con cuero.

De *L'Italia* á la comisión de fiestas oficiales:

«Qué necesidad había de llamar á concurso é incomodar á tantas personas, para luego salirles con que sus propuestas son lindas y de efecto maravilloso; pero que el concurso ha sido ganado por los señores Savio y Padé?»

«Menos mal si lo hubiesen ganado legalmente! Mas el caso es que dichos señores, desde hace más de dos meses, tenían todo el material listo, pues antes que se llamase á concurso para los adornos y la iluminación de la ciudad, ya sabían que su propuesta iba á ser aceptada.»

Pues no hay nada de extraño en que lo supieran. Cómo no lo habían de saber... cuando uno de los contratistas se llama *Savio*? Bueno fuera que un sabio no supiese lo que se pescaba... dos meses antes del llamamiento á propuestas para los adornos é iluminaciones.

Eso en lo relativo al *Savio*. Ahora en lo relativo al *Padé*, cuéntase que este es uno de los caballeros de quienes se dice que tienen ángel, ó sea el don de agradar á todo el mundo... con su persona y con sus proyectos sobre cualquier materia.

Por consiguiente, si el uno tiene *ángel* (sin alusión al presidente de la comisión de fiestas oficiales) y el otro es todo un *sabio*, ya se vé que *L'Italia* carece de razón para sorprenderse por lo que ha pasado.

Ello estaba escrito!...

Como dicen los leales
Sectarios del gran profeta,
Que son también orientales
Cual son los de esta República indiscreta.

—Eso no es verso!

—Pero es verdad y váyase lo uno por lo otro.

El Pueblo y El Día, de *Fragancia*, transcriben: el primero, nuestro artículo titulado *Echese y no se derrame*, y el segundo, parte del mismo artículo. *La Voz del Pueblo*, de Minas, transcribe el *Primer retrato*.

—Un barbero de la Unión ha puesto un escudo nacional en la puerta de su peluquería.

—Como muestra?

—Como muestra. De modo que aquello parece una oficina pública.

—Y oficina pública es...

—Pero no del Estado. Con la añadidura de que el barbero es hijo de otro país.

—De qué país?

—De la bellísima Italia.

—Ah! Pues entonces ese *barbero*... merece que le llamen *barbero*... No es más que un cambio de acentos.

Un diario notició días pasados, «que á las once de la noche anterior se habían sentido gritos

desgarradores y lamentos de ay! madre mía, que partían de los fondos del cuartel del 2.º de Cazadores.»

Y otro diario, con datos verídicos y que garantiza, contesta que esos lamentos y gritos «son el resultado de la instrucción que se dá en esas horas á los reclutas;» es decir, son las voces de «uno, dos... uno, dos, con que les mandan marcar el paso...»

Por consiguiente, ya sabemos que después del toque de retreta se instruye á los reclutas en el 2.º de Cazadores. Lo que, verdaderamente, constituye una novedad en las prácticas militares. Vivir para ver.

Dice un diario que «durante las fiestas patrias, recorrerá las calles un monumental carro alegórico, arrastrado por ocho hermosos caballos; el cual llevará una estatua representando á la República y 19 niñas vestidas con los colores nacionales simbolizando los departamentos.»

Solamente faltaria un detalle á esa alegoría, para que fuese más *parlante*, como se dice en términos de blason, y ese detalle es el siguiente: que detrás de la estatua representando á la República, llevase otra mayor...

—Representando la comisión de fiestas?

—No, hombre, representando al *Hambre*... que han llamado la décima musa... y hoy es la *vera efigie* de los diez y nueve departamentos.

Un comerciante, leyendo la circular pasada por la comisión de fiestas:

«Esta comisión aceptará complacida todo lo que se le quiera enviar...»

—Sí? Pues entonces yo la voy á enviar... no ramala y á paseo... Pedir para los *indigentes* cuando se va á derrochar un *platal* en iluminaciones ó en humo! Porqué no suprimirán algunos adornos que importen algunos miles... y porqué no repartirán estos miles entre los pobres? Es un contrasentido hablar de *indigentes*:

Cuando en palas y picos y azadones,
Se tiran muchos cientos de doblones.

Hemos recibido y agradecemos la invitación que se han servido enviarnos la comisión directiva del Club Nacional de velocipedistas y el comité de fiestas, para la que en conmemoración del cuarto aniversario de la fundación del Club, se celebrará hoy en la quinta del señor don Lucas Herrera y Obes.

JUEGOS DE INGENIO

ENIGMA CUADRADO

A	E	I	N	V
A	E	I	N	V
A	E	O	N	R
A	E	D	N	R
E	E	D	D	R

Combinar esas letras de modo que leyéndolas horizontal y verticalmente, puedan dar:

- 1.º Un mueble.—2.º Un nombre de mujer.—
3.º Un verbo de la 1.ª conjugación.—4.º Un ave.—5.º Un nombre de varón.

CUADRADO

.
.
.
.
.

- 1.º—Un hombre.
2.º—Tiempo de un verbo.
3.º—Otro hombre.
4.º—Se suele usar como adverbio.

Esas cuatro palabras han de leerse lo mismo de derecha á izquierda, de izquierda á derecha, de abajo arriba y de arriba abajo.

PARALELOGRAMO

(A Zaragüeta)

- 1.º Buque.
. 2.º Personaje de una tragedia.
. 3.º Pequeña elevación de tierra.
. 4.º Provincia de España.
. 5.º Rama de olivo.

Verticalmente.

- 1.º Consonante.—2.º Moneda.—3.º Delincuente.—4.º Nota.—5.º Mujer.—6.º Animal vacuno.—7.º Hierba.—8.º Preposición.—9.º Vocal.

Ingenioso.

CHARADAS

Diálogo que en el Oriente
Ha tiempo tuvo lugar:
—Yo á prima dos y tercera
Lo respeto, dijo el Shah.
—Yo respeto á tres segunda
Con prima, siguió el Sultán;
Y dijo el señor de Egipto:
—Pues yo respeto al total.

Cierta tres y dos de linda
Segunda cuatro, que era
Muy cuatro con cinco y cuarta,
Un día con una piedra
Rompió un todo, tres y cuatro

Tal vez robar una buena
Prima con última y cuarta,
Que allí había como muestra,
O tal vez algunos tarros
De quinta; mas descubierta
Por un vigilante, al punto
Corrió dejando en la acera,
Por fugar más que de prisa
La hermosa segunda tercia
Que llevaba—El vigilante
Siguió al momento tras ella,
Y un pilluelo que miraba
Tranquilamente la escena
Dijo: primera segunda
Tres y cinco que te pescan,
Y anda con mucho cuidado
Que si cinco dos primera
Cinco agarra y á la cárcel
Acaso á golpes te lleva.
Prima cinco vigilante
Dijo: no prima dos tercia,
Que si una dos tres y cuatro
Por desgracia la tercera
Con la dos y cuatro y cinco
Cuatro sería una mengua
Para mí; y en tanto el hombre
Seguía á toda carrera
Gritando: tres cuatro cinco,
Desgraciada mujercuela;
Mas, sin embargo, no pudo
El vigilante cogerla.
Lo que sí cogido había
La segunda con tercera,
Que entregó después al dueño
De la casa, y al tenerla
Prim con cinco en el todo
La piso con mucha flema.

SEMELANZAS

- 1.ª En qué se parece un rey á un cuchillo?
2.ª Y el Cerro á una espada?
3.ª Y el Río de la Plata á un pleito?
4.ª Y el Obispo Soler al czar de Rusia?
5.ª Y el Presidente de la República á un buen barco?
6.ª Y la República á un desollador de saladero?
7.ª Y el Banco de Londres á un soldado de infantería?

Soluciones

De los juegos del número anterior

Charadas—Adelina—Pardos—Domingo.
Palabras en cruz—Eladia—Eladio—Elias—Elisa.
Cuadrado—Matar: árabe—tapiz—abita—rezar.
Logogrifo numérico—Animal.
Salto de caballo—Va en HABLADORIAS.
Enviaron soluciones:
De las Charadas, Palabras en cruz, Anagrama y Salto de caballo, Juvenal, Verbenista y Andrés.
De las charadas, cuadrado y logogrifo: Rosalía y Céfiro.—De todos los juegos: Aquel, Infante, Repollo e Ingenioso.